



IMP. SIMON RAÇON.

EL CARDENAL WISEMAN

CAPÍTULO XI.

Inglaterra. — Londres. — Manchas de sus palacios. — Catacumbas de San Pablo. — Westminster. — La silla de Eduardo el Confesor. — Los canónigos, los oficios y sus asistentes.

El hombre conoce hasta qué punto puede subir su poder, cuando se detiene á considerar el espectáculo que le ofrece la Inglaterra, esta nacion reina, heredera del imperio de la antigua Roma, por la extension de su poder, por la energía de su política y por la perseverancia de sus desig- nios, esta nacion cuya bandera tremola en todos los mares y bajo todos los hemisferios, y que ve llenarse sus puertos cada dia de naves que entran para amontonar en su seno las riquezas de todos los países de la tierra. Su gran capital, la mayor ciudad del mundo, con sus ochenta plazas, diez mil calles, doscientas mil casas y dos millones de habitantes, parece representarnos la famosa Nínive ó aquella Babilonia inmensa que apenas se podia rodear en siete dias. Como en aquellas, un objeto grande sigue á otro; los monumentos alzados á sus hombres célebres se multiplican sin número, y los arcos y pórticos consagrados á las glorias nacionales se dejan ver á cada paso. Pero en esta gran ciudad, donde todo está dispuesto para dar muestra de una magnificencia que asombra, parece presidir un genio sombrío y melancólico que la despoja completamente de sus atractivos, y la condena á vivir triste en el seno mismo de su opulencia. Su horizonte oscuro, y muchas veces aun en la mitad del dia, se empeña en echar un velo sobre los crímenes que oculta,

para que no llegue á traslucirse toda su deformidad con escándalo del linaje humano. ¡ Inútil diligencia ! Son tan conocidos , que el mundo no tiene ya que indagar ni un ápice de su monstruosidad.

Todos esos palacios están manchados : los que echaron sus cimientos les imprimieron tambien las primeras manchas del delito , y los que les sucedieron aglomeraron otros nuevos sin medida. Entrad á San Jâmes..... á San Jâmes donde se firman desde dos siglos atras tantas resoluciones de influjo universal ; allí todo os recordará á Enrique VIII , su fundador : en sus salones labró esa larga cadena de crímenes que forma su vida , y cuyos negros eslabones son la apostasia , la crueldad , la sensualidad y el despotismo. De allí sale la virtuosa Catalina de Aragon , y miéntras esta hija de reyes va á ocultar su dolor en el silencio de los claustros , Ana de Boulén entra á ocupar su lugar en el palacio de San Jâmes. En vano se ha advertido al rey ser esta dama hija suya , segun todas las probabilidades ; una pasion brutal le ha dominado , y el imperio que ejerce sobre su corazon es mas fuerte que la voz de la naturaleza. Pero este amor vehemente pronto se convierte en odio entrañable ; y esa misma dama , causa principal de infinitos males , descende del trono á la prision y de la prision al cadalso. Á la Boulén sucede Juana de Seymour , y á esta Ana de Cléves , que es repudiada al mismo tiempo que el rey homicida y adúltero hace morir á su favorito , que mas eficazmente habia contribuido para este matrimonio. El infeliz deja oír desde el patíbulo los postreros gritos de su remordimiento : « ¡ He sido , dice , seducido por el rey para abjurar mi fe ; pero muero sinceramente católico.... muero en el seno de la verdadera Iglesia !.... » Catalina de Howar subió entónces los escalones de San Jâmes ; mas ¡ ay ! esos escalones eran demasiado resbaladizos , y la hermosa cuanto desgraciada Catalina tuvo que descender por el mismo camino que la Boulén.... Mueren decapitados con ella su

padre y sus hermanos. ¿ Cuál era su crimen ? Se les acusaba de faltas que se suponian cometidas por la reina ántes de su matrimonio , y se castigaba con el último suplicio á cuantos pudieran ser sabedores de su flaqueza. ¡ El pueblo queda atónito á vista de excesos tan horribles , y el parlamento , instrumento ciego de las pasiones de su amo , pronuncia sentencia anticipada de muerte contra la mujer que tenga la osadía de subir al lecho del monarca sin ser vírgen ! No obstante , una viuda es la que viene á cerrar el largo catálogo de las esposas del fundador de la Iglesia anglicana. Las bóvedas de San Jâmes , que tantos excesos de todo género habian cobijado , debian tambien presenciarse un castigo severo. Enrique , adúltero y sacrilego , dista un solo paso de la muerte , y en rededor suyo se oye todavía una algazara bulliciosa , calculada de propósito para dar vida á su moribundo cuerpo : enmudece repentinamente ; uno de los cortesanos le anuncia que su vida durará pocos momentos. « La angustia y los remordimientos de Enrique » son entónces superiores á toda expresion : manda que le » llamen á Cramner ; pero cuando llegó á su presencia este » prelado , ya estaba fuera del uso de sus sentidos. Cramner » le toma la mano para que le diese alguna muestra de » morir en la fe católica , mas sus diligencias fueron vanas , » porque el rey espiró en aquel mismo instante (1). » Cramner era un obispo católico , aunque la historia le acusa de haber traicionado alguna vez sus deberes.

Venid luego á Whitehal : la idea de la autoridad ultrajada en la persona de un monarca que descende del trono para subir los escalones del cadalso , de un soberano que no obstante su calidad de preso evoca con dignidad la majestad de la ley para decir á sus injustos jueces : « Vosotros no » podeis juzgarme , porque soy vuestro rey , » excitan naturalmente la atencion. Carlos I , sin ser protestante por

(1) *History of England*, ses. VI, chapter xxiii. (Goldsmith.)

convencimiento, toleró las intrigas del protestantismo, que tendían á trastornar el orden y las leyes de la monarquía apoyándose en el parlamento. Su ruina fué segura desde entónces. Este le condena, y el príncipe atraviesa á pié el parque de San Jâmes para llegar al cadalso levantado en Whitehal. Allí bajo el golpe del hacha cae la cabeza del primer rey que muere condenado por su pueblo; mas este rey, al espirar, mirando á sus verdugos, les ha dicho con terrible voz: *Remember* (acordaos), y su palabra agita cruelmente la conciencia de sus acusadores y de sus jueces. La sombra ensangrentada de su víctima les persigue en todas partes, y Cromwell mismo, el mas poderoso y encarnizado de todos, hace resonar con gritos de desesperacion las bóvedas doradas de Whitehal.

Entrad á la torre de Lóndres, á esa habitacion primitiva de los soberanos de la Gran Bretaña, cuyos chapiteles, ennegrecidos y gastados por el curso de cien generaciones, son como la historia monumental de la monarquía inglesa, cuya infancia y desarrollo contemplaron inmóviles. En el *Belfroi* se presenta la prision de Enrique V, del duque de York, su hermano, del obispo de Gloucester y de tantos otros príncipes tratados como traidores cuando eran ellos víctimas de la traicion. Una estatua ecuestre de la reina Isabel, vestida con las mismas ropas que solía llevar, es lo primero que se percibe entrando en los salones de la *Fortaleza de San Pedro*: su vista feroz parece fijarse en algun objeto..... ¿Será acaso en el banco y en el hacha que sirvieron para decapitar á su criminal madre Ana de Boulen que se ven allí mismo? ¿ó contempla el lugar en que acabó sus dias el famoso conde de Essex, su favorito? En la de *Beaux-Champs* aun se leen inscripciones y nombres puestos por diferentes víctimas condenadas á morir, y en la de *Wakefield*, la última de todas, permanecerán vivos todavía durante muchos siglos los recuerdos de Enrique VI, que sufrió en ella la prision precursora de su muerte. La consi-

deracion se fatiga engolfada en esta inmensidad de enormes delitos de que ha sido teatro este edificio, uno de los mas célebres del mundo. ¡ Ah! el esplendor de las riquezas de la corona que allí se guardan no ha podido ofuscar los recuerdos cada vez mas vivos de aquella serie espantosa de delitos.

¡ Hé aquí, decia yo al salir de la torre, cuántos crímenes atroces se han cometido en un solo lugar de la famosa Lóndres! ¡ Cuántas manchas arrojadas sobre un trono á cuya voluntad soberana se mueven tantos millares de vasallos! ¿ Pero cuál de los regios edificios de la soberbia Albion no ha sido testigo de iguales excesos? Si alguno se muestra limpio de manchas que dejara la sangre de víctimas humanas, no por eso lo estará de cuanto la conciencia religiosa y la razon del hombre rechazan como crimen..... Esos manejos políticos que la sociedad condenó, porque tendieron mas de una vez á proteger las revueltas de los Estados que ella misma llamaba sus amigos.

Ocupado por estas imaginaciones, me dirigia á San Pablo, el templo principal de los Anglicanos, ó, hablando con mas propiedad, la metrópoli del protestantismo. El aspecto de este inmenso edificio, divisado desde léjos, dispierta sentimientos religiosos: su elevada cúpula sobre la que descansa el sagrado símbolo de la regeneracion humana, las estatuas colosales de los apóstoles que adornan su pórtico, y los relieves que representan con primor el triunfo de la gracia sobre el corazon de Saulo, objetos son por su naturaleza que hablan al espíritu el idioma de la piedad. Mas, sea cual fuere el sentimiento que dispierten, pronto se disipa penetrando en el interior: sus vastas naves nada le ofrecen para nutrirse, ni nada presentan á la vista del que la visita fuera de monumentos elevados á la memoria de hombres célebres los unos, oscuros los mas, y execrables no pocos por sus vicios.

El catolicismo, consecuente siempre con su principio

fundamental, personifica las virtudes en las personas de sus Santos, y colocándoles en los altares, les propone como modelo á la imitación de sus fieles. No es una talla de exquisito gusto, no es obra maestra de un profesor de escultura la que nos acercamos á contemplar en esas estatuas que nos presenta; no por cierto: es la imágen del hombre que triunfó primero de sí mismo, pisoteando un corazón en que imperaba la soberbia, dominando los movimientos rebeldes de una carne provocada por la sensualidad, y abrazando la cruz en que leía las virtudes de Dios hecho modelo de sus criaturas. El mundo no existía para ese hombre, sino como un objeto sobre que debía brillar la luz de sus ejemplos, ni sus semejantes tenían entrada en su corazón mas que como acreedores á esa caridad, reflejo de la de Dios, que ni tiene ni puede tener límites. Por lo demás, *él estaba muerto para el mundo, y su vida escondida en el amor de Jesucristo*. El cristianismo se alimentó desde su cuna con la piedad que manan estas imágenes sublimes; y el Oriente y el Occidente, ilustrados por la cruz, colocaron en sus templos á los que las copiaron en sí mismos.

El protestantismo, al contrario, tan inconsecuente en su origen como lo ha sido en su marcha, condenó despóticamente la práctica constante de quince siglos, desterró de sus templos las imágenes de los Santos, y resucitando el fanatismo iconoclasta, persiguió de muerte á cuantos rehusaron adherirse á su impía resolución. Las tumbas de los reformadores sucedieron á los sepulcros que encerraban las reliquias de los mártires, y en lugar de los altares consagrados por la Inglaterra católica á Eduardo el Confesor, á Beda, luminar del Occidente, y á Anselmo, gloria de la iglesia de Cantorbéry, se levantaron monumentos en que aparecen las estatuas de Isabel y de Cromwell. ¡Qué horror! La hija adulterina de Enrique VIII, la que lavó sus manos en sangre inocente, la que despojó el santuario despues de profanar sus misterios, encuentra en el templo una plaza

de honor, que fué negada como santo al monarca mas ilustre entre sus abuelos. Los hombres venerandos que con celo infatigable consagraron su vida á la propagacion de la virtud y de las luces en Inglaterra, dejan sus puestos para que sean ocupados por las tumbas de los crueles tiranos de su patria. La razon humana miraria como quimera la posibilidad de aberraciones semejantes, si la evidencia no se las mostrase realizadas por el protestantismo.

Existe en esta iglesia un subterráneo al que sus guardas dan el nombre misterioso de *Catacumba*, aludiendo sin duda á las que guardan en Roma los preciosos restos de los soldados invictos que con su muerte vencieron al siglo y sellaron la fe que regeneró al mundo. ¡Pero qué diferentes son las impresiones que experimenta el alma en las catacumbas de Roma de las que siente entrando en el subterráneo de San Pablo! Á la luz de una antorcha descendia yo numerosos escalones hasta entrar á un espacioso salon, en cuyo centro se eleva un catafalco. Algunas lámparas esparcidas en su rededor le comunicaban una luz pálida y semejante al sol que alumbra á Lóndres rara vez en los días de invierno. No se divisan con el auxilio de esta grabados en parte alguna los instrumentos del martirio sufrido por la causa de la verdad, ni simbolizadas las virtudes que hicieron amable su nombre á las edades venideras; ni ménos las guirnaldas que el reconocimiento colocara sobre la urna que contiene aquellos frios despojos de la muerte; nada de esto: al contrario, algunos trofeos militares colgados por allí descubren bien que aquel monumento encierra los restos de un general; y cualquiera que fuese la causa que hubiese defendido, llevó consigo la muerte, sus armas inspiraron terror á los hombres, y su reputacion se levantó sobre sangre y sobre cadáveres de víctimas sacrificadas por la ambicion de gloria ó por la falsa política. NELSON ví escrito luego con letras doradas sobre el ataúd....; Oh Nelson, á él se rinden honores que se nega-

rian á otra clase de héroes! Recuerdos bien repugnantes para la moral excitó este nombre en mi imaginacion; la historia consigna los sucesos, y la Italia toda es su testigo. ¡Ved ahí el mártir que descansa en las catacumbas de la metrópoli del protestantismo! me dije volviéndole la espalda.

El interior de Westminster, uno de los mas admirables monumentos producidos por el esfuerzo religioso, no me causaba la misma impresion que el de San Pablo. Westminster, conservando toda la fisonomía primitiva que le imprimió en su creacion el espíritu monacal, manifiesta bien que su estilo severamente gótico y su construccion en forma de cruz estuvieron calculados para inspirar el recogimiento y la piedad en el corazon de los cristianos. El espíritu no se hace violencia para persuadirse que es un templo consagrado á Dios el que visita, como sucede regularmente en los dedicados por el rito protestante. Contemplando sus bóvedas suntuosas, el alma se remonta hasta la época de sus fundadores, que encuentra entre aquellos monjes recogidos bajo la cogulla, y cuyas estatuas adornan sus ojives y chapiteles. Parece que unos seres olvidados de la sociedad por profesion y desconocidos del mundo por estudio fuesen los ménos á propósito para producir obras tan monumentales como Westminster; mas no ha sucedido así. La Europa ha estado cuajada de templos soberbios, de monasterios famosos por su belleza y primor arquitectónico, de sepulcros, de estatuas y de obeliscos que las generaciones no podian contemplar sino admirando al genio que las produjo. Este se formó en los claustros, y vivió constantemente entre los monjes. La reforma primero y las revoluciones sociales despues han arrasado un sinnúmero de esas producciones del esfuerzo y de la inteligencia del hombre; pero las que, como Westminster, han sobrevivido á la catástrofe, permanecen de pié, acusando al mundo la injusticia de los que condenaron las instituciones en cuyo seno se concibieron obras tan gigantescas.

El protestantismo con toda su opulencia no puede gloriarse de haber alzado para su culto un templo como Westminster. Sobre sus bóvedas se han deslizado los siglos unos en pos de otros, cien generaciones se detuvieron contemplando asombradas la magnificencia de sus naves, y cien otras que sucederán se detendrán todavía á contemplarlas con la misma admiracion. La grandeza de pensamiento, la magnificencia del plan, el primor del arte, la inspiracion de la piedad y todo cuanto puede contribuir para hacer bella, suntuosa y terrible la casa del Señor, brillarán perpetuamente como característicos de este monumento colosal del genio y del esfuerzo humano. Visitando las capillas en que están depositados los restos de los descendientes de Eduardo el Confesor, ¿cuántos rasgos hermosos no se ven dibujados que descubren una piedad honrosa para sus autores infinitamente mas que el cetro y la corona que llevaron algun dia? El siglo, regularmente injusto y casi siempre incompetente para fallar sobre el verdadero mérito de los individuos, se detiene en presencia de estos monumentos, para contemplar conmovido una reina que cambia el esplendor de la corona por el rincon oscuro de una celda, ó para leer escrito en el epitafio de otra *que bajó al sepulcro colmada de las bendiciones de los pobres á quienes dió cuanto tenia*. ¡Qué contraste forman las tumbas de estas dos ilustres princesas frente á la de la tristemente célebre Isabel! Una vida inocente, ennoblecida por virtudes, al frente de otra licenciosa y degradada por los vicios; allí nadie derramará una lágrima que no haga brotar la gratitud, el reconocimiento y el amor, mientras que acá nadie se acercará sino para mirar con horror aquel semblante feroz, retrato perfecto del corazon que encubre, aun mas feroz y manchado por crímenes de todo género.

La silla que se deja ver rodeada de una verja lleva consigo recuerdos de heroísmo cristiano y de virtudes cívicas con que ennoblecíó el trono de Inglaterra el invicto *Confesor*,

mas que con cuantas otras grandes empresas hayan acometido sus sucesores en el trono de Inglaterra; pero las cenizas del grande Eduardo no reposan en el lugar que piden sus creencias: el católico de corazón obedeció la voz del Príncipe de los pastores, y puso todo su conato en propagar y defender la fe que nos une á Roma, y por la que murió mártir uno de sus abuelos. Si un soplo vital, me decia á mí mismo, animando estas frias cenizas, permitiese que Eduardo se alzase de la tumba, ¡cuál seria su indignacion al encontrar su sepulcro entredicho de esa fe y rodeado por los que rompen su unidad y condenan su doctrina!

Me paseaba observando algunas de las tumbas antiquísimas que se ven en las naves, cuando los beneficiados de la iglesia principiaron los oficios que llaman *el servicio*: el canto coral, ejecutado por muchachos, me pareció bien, la devocion de los canónigos armonizaba con su fisonomía mundana, y los asistentes eran tan escasos que en dos minutos pudieran contarse fácilmente.

Los claustros de Westminster, que tres siglos atras sirvieron de asilo á las virtudes y á las letras, ahora están ocupados por las mujeres y los hijos de los clérigos empleados en la iglesia. Las letras salieron de allí al mismo tiempo que el silencio, y el retiro y las virtudes huyeron perseguidos por los que á la augusta dignidad del sacerdocio unieron la incontinencia y las costumbres del siglo.



CAPÍTULO XII.

El espectáculo de la época. — Realidades. — ¿Dónde está el elemento salvador? — El clero anglicano. — Su estado actual. — Es un servidor del poder civil. — La convencion. — Sus escisiones. — Inaccion completa. — ¿En qué se ocupa? — Sociedad bíblica y sus trabajos de propaganda. — Conversiones ruidosas al protestantismo. — Achili, Gavazzi y los revolucionarios de Italia. — Consecuencias.

En el siglo de las revoluciones se ha querido recomendar como espectáculo consolador para la sociedad minada y próxima á hundirse el que ofrecen los países de Europa dominados por la influencia protestante. « En un período de pruebas, se ha dicho, y quizá de inmensas desgracias, los Estados cuyas instituciones liberales les acarrearón fortuna y prosperidad, son los únicos que cuentan con recursos propios para hacer frente durante un largo tiempo á los peligros, y estos son los Estados protestantes, ó los de la escuela liberal católica, que no inspiran ménos aversion á la Santa Sede que el mismo protestantismo. » Juzgando superficialmente sobre el estado de Inglaterra, pareciera quizá justificable este dicho de un protestante, y repetido hasta el fastidio por otros de su misma comunión; mas en un siglo donde á la vez que la revolucion social se predica la libertad de pensar, en un siglo en que se tiene á ménos adherirse al juicio de otros, siempre que este no esté conforme con la conciencia formada por el propio convencimiento, en un siglo en que nada valen las teorías sino en cuanto se armonizan con lo positivo, en cuanto descansan sobre la realidad; considerada bajo este influjo, es tan absurda como quimérica aquella auréola que se pretende